

JOSI S. KILPACK

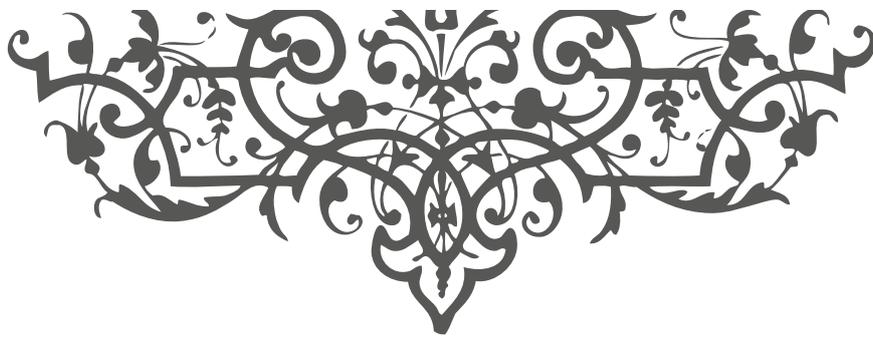
Promesas
y
Prímulas

Libros de
seda



La primula inglesa

La primula inglesa es generalmente de un tono amarillo pálido, aunque también puede encontrarse en azul, rosa, blanco y morado. Las primulas simbolizan la juventud, la feminidad, la paciencia y la dulzura. Son flores perennes que aparecen cada año en forma de racimos que se dividen y replantan fácilmente. Son fáciles de cultivar y comestibles, con un sabor similar al de la lechuga. Cuando se regalan a alguien, es para decir que no se puede vivir sin esa persona.



Capítulo 1

ELLIOTT

15 de marzo de 1822

Lord Elliott Mayfield, quinto vizconde de Howardsford, miró a través del escritorio a Peter, su sobrino mayor y heredero. «El destino y la oportunidad no son tan diferentes», se recordó a sí mismo en un esfuerzo por reunir coraje. Todo lo que Peter sabía era que su reunión consistiría en la habitual revisión trimestral de las propiedades que heredaría algún día y, sin embargo, el día le depararía mucho más.

—Gracias, señor Poole —dijo Elliott a su administrador mientras cerraba su libro de cuentas—. Eso será todo.

El señor Poole inclinó la cabeza y salió del estudio. Una vez que estuvieron solos, Elliott se volvió hacia Peter.

—¿Tienes alguna pregunta para mí?

—Creo que no. —Peter revisó las notas que había estado tomando—. Estoy ansioso por ver cómo funciona en la práctica el nuevo sistema de rotación de pasto. ¿Me lo harás saber si necesitas ayuda para adquirir más ganado?

—Por supuesto, pero no será necesario. El señor Poole está ansioso por incrementar su número de cabezas de ganado, y yo estoy lo suficientemente aburrido de esta vida de caballero como para calzarme las botas y ponerme la camisa de trabajo para ayudarle en los corrales. —A medida que hablaba, se imaginó a sí mismo disfrazado de hombre común para poder pasar desapercibido en el mercado. Sonaba divertido.

Peter sonrió, y Elliott pudo apreciar que se parecía mucho a su padre, Teddy, su hermano menor. Había fallecido hacía ya treinta años, y le gustó ver en su hijo un destello de su hermano.

—Deberías criar perros —propuso Peter, no por primera vez. El chico estaba obsesionado con aquella idea—. Sin duda, llenarían tus horas vacías.

—No me cabe la menor duda —concedió Elliott—. Sin embargo, después de que me sirvieran perro para comer más de una vez en India, creo que prefiero no hacerlo.

Peter se estremeció.

—Suenan horrible.

—Bastante.

Elliott se inclinó hacia delante y apoyó los antebrazos sobre la mesa.

—Hay otro asunto que me gustaría discutir contigo, Peter, si tienes tiempo.

Su sobrino se sacó del chaleco el reloj de bolsillo, un objeto viejo y anticuado que había pertenecido a su abuelo.

—Debo marcharme dentro de una hora porque tengo una cita para entrevistar a candidatas a institutriz en Norwich, pero estoy a tu disposición hasta entonces.

—¿Te importaría si abordamos ese asunto ahora?

Peter extendió los brazos y se sentó con gesto informal, aunque rara vez era el caso; se mantenía ocupado la mayoría de

Promesas y Primujas

las horas del día, quizá para huir de sus pensamientos, de sus recuerdos, de sus remordimientos. Elliott podía entenderlo. Él también había sido joven y, al igual que él, se había arremangado, y un día llegó a la India rogando que alguien le pusiera una herramienta en la mano para poder perderse trabajando y sudando.

—Sin duda has captado mi atención. Estoy ansioso por escucharlo en su totalidad.

—Excelente. —Elliott respiró profundamente y entrelazó los dedos—. He ideado un plan que espero que salve a nuestra familia del... Mmm... A ver, del camino en el que se encuentra desde hace algunas generaciones.

El rostro de Peter se endureció de inmediato, pero su tío le sostuvo la mirada.

—Hablemos de hombre a hombre. Sabes tan bien como yo que la familia Mayfield ha caído en desgracia, aunque ese no haya sido el caso en lo que a ti respecta.

Peter seguía tensando la mandíbula, pero asintió. Elliott prosiguió, haciendo caso omiso de cómo se le retorcían las entrañas:

—Siempre respetaré a tu padre por haber hecho lo correcto por tu madre y por ti, pero eso no cambia el hecho de que tanto tus hermanos como tú hayáis tenido que soportar después muchas dificultades fruto de decisiones desafortunadas.

Elliott hizo una pausa, esperando a que su sobrino reconociera la verdad con otro asentimiento. Nunca habían hablado de los detalles acerca de la relación de sus padres: Teddy, de veintiún años, era el segundo hijo de un vizconde; Mara no era más que una camarera de diecisiete años. Ambos se habían casado solo unas semanas antes de que Peter naciera. Eso lo había convertido en hijo legítimo, pero no había servido para

que su madre fuera la mejor elección para Teddy ni para que este ejerciera como padre o marido. Se habían hecho la vida imposible el uno al otro hasta que su hermano había muerto, ocho años después. Del matrimonio también había nacido una hija, Donna, y un hijo póstumo, a los tres meses de la muerte de su hermano, Timothy. La década que siguió a la muerte de Teddy vio cómo Mara se convertía en una especie de ermitaña que nunca salía de casa y que ahogaba las penas en ginebra, láudano o ambas cosas.

El tío continuó:

—Mis hermanas, tus tías, a las que nunca has conocido en persona, hicieron un uso igualmente inapropiado de sus privilegios, y me temo que sus hijos están siguiendo sus pasos.

—Siempre he intentado actuar muy por encima de toda censura, tío. Si te he disgustado...

—No te incluyo en nada de esto, Peter. No podría estar más orgulloso de la vida que has llevado y de las decisiones que has tomado. De hecho, es tu ejemplo el que me ha llevado a decidir en nombre de todos mis sobrinos. Quiero que esta familia sane, que los lazos rotos se reparen y que mis parientes encuentren un propósito en su vida, para que se esfuercen por conseguir más de lo que está a su alcance.

Peter siguió estando tenso. Se pasó una mano por el pelo oscuro, que empezaba a encanecer en las sienes, y se removió ansioso en su asiento. Su mirada se dirigió más allá del gran ventanal, casi deseando estar de camino a Norwich y no en aquel sillón, aguantando los torpes intentos de su tío por explicarle cuál era aquel plan tan brillante que tenía. No había nada que hacer más que seguir adelante.

—He ideado una campaña que podría salvar a tus hermanos y primos de su rumbo actual. Mi plan consiste en concederles

Promesas y Primujas

una dote si se casan adecuadamente. Todos son mayores de edad ya y, tras el fallecimiento de tu tía Jane, mi hermana, el año pasado, ya no queda nadie más que pueda ayudarlos.

Intentó sonreír, pero luego se dio cuenta de que había bromeado con el hecho de que todos sus hermanos y sus respectivos cónyuges, incluidos los padres de Peter, estaban muertos. Tal vez no fuera la mejor manera de relajar el ambiente. Sin embargo, su sobrino parecía menos incómodo, aunque sí más dubitativo.

—¿Una «campana»?

—Una «campana matrimonial», podría decirse. Tengo siete sobrinos entre chicos y chicas que dependen de mí, pero tú eres el único que se ha casado con éxito y ha disfrutado de la seguridad y el amor propios de una unión basada en el amor y la estabilidad.

El joven clavó los ojos en el escritorio y alineó los bordes del cuaderno con la mesa. Tal vez hubiera sido mejor que su tío le hubiera transmitido aquel plan por carta, utilizando las palabras adecuadas para explicarse. A fin de cuentas, el destinatario de una carta no tiene por qué saber cuántos borradores se descartan antes de enviar la carta definitiva. En el caso de su tío, seguro que podría tratarse de más de una decena.

—Sé que echas mucho de menos a Sybil —añadió Elliott, suavizando la voz, a pesar de que la incomodidad iba en aumento en la habitación—. Tus hijas se beneficiarán de la firmeza de carácter de sus padres durante el resto de sus vidas. Me gustaría que mis otros sobrinos encontraran una felicidad similar a la que tú viviste con Sybil.

Peter se inclinó hacia un lado, apoyó una mano en el reposabrazos de madera y movió los dedos, nervioso.

—Con el debido respeto, tío, mi unión con Sybil no fue el resultado de una campaña matrimonial, y no puedo imaginar que hubiéramos encontrado la felicidad juntos si nuestra relación no hubiera empezado con amor, compromiso y respeto. Me cuesta ver cómo esos incentivos de los que hablas van a cambiar el rumbo en la vida de nadie. No puede forzarse una vida de virtud e integridad, menos aún puede comprarse. Debe ser una elección individual.

—Comprendo tu preocupación —admitió su tío inclinándose la cabeza—. Pero me temo que, sin mis «incentivos», como dices, los demás nunca cambiarán. Necesito que vean los beneficios de llevar una vida honrada, y creo que esta es una oportunidad para centrar el futuro en algo que sea claro y realizable.

Hizo una pausa y tomó aire de nuevo.

—Esta familia lo es todo para mí, Peter. He sacrificado mucho para mantener a los que tengo a mi cargo, pero mi esperanza de que estos esfuerzos reparen las generaciones que me siguen se tambalea. No hay unidad alguna ni compromiso con el futuro, excluyéndote a ti, y nuestro árbol genealógico empieza a mostrar un patrón de malas decisiones del que pronto no habrá salida. Hemos tenido el privilegio de heredar un noble patrimonio de tierras, riqueza, posición y oportunidades. No puedo, en conciencia, quedarme de brazos cruzados viendo cómo todo se malgasta.

Peter tomó una bocanada de aire y lo soltó lentamente.

—Entiendo tu motivación y admiro tu deseo de que mi generación se aleje del desafortunado rumbo que marcaron nuestros padres, pero apelar a la codicia no parece ser un camino viable para alcanzar un destino virtuoso. Ninguna promesa de riqueza habría cambiado las decisiones de Donna. Ella tenía más que suficiente.

Prómesas y Primujas

Donna. Una de las dos sobrinas que más habían inspirado la campaña de Elliott.

—Si Donna no hubiera necesitado asegurar su futuro y no se hubiera sentido desesperada por superar los mismos obstáculos que a ti te han acechado, no se habría casado con ese hombre.

—Y, sin embargo, son sus acciones, no las de él, las que han precipitado su situación.

El tío Elliott levantó las cejas.

—¿Condenas a tu hermana?

Peter negó con la cabeza y se removió de nuevo en su asiento.

—No me cabe duda de que Donna era infeliz en su matrimonio y de que no fue tratada con justicia, pero...

—Nada de eso importa ya —interrumpió su tío, sintiendo se salían por la tangente y no había lugar para la empatía en aquellas palabras, que sin duda trataban de compensar las acciones deshonorosas de sus padres—. No se trata de Donna, sino de todos vosotros. Quiero presentaros opciones que no habéis tenido para incentivar decisiones inteligentes, no desesperadas o, en otros casos, inexistentes. No creo que el hecho de que os dote apele tanto a la codicia como a la responsabilidad, por no hablar del hecho de que me da la oportunidad de explicar mi posición, o eso espero, y de recordarles a todos el lugar que pueden ocupar en nuestra historia si avanzan con cautela. A medida que nuestra nación cambia con la implantación de la industria, siento una innegable ansiedad respecto a lo que el futuro nos deparará a todos, y creo que es mi deber hacer todo lo que pueda para restaurar la respetabilidad de nuestro apellido, tanto ahora como en el futuro.

Peter se quedó pensativo, y quizá también se sintió humillado al escuchar tal explicación. Asintió con la cabeza.

—Nunca discutiría las convicciones de un hombre, tío. Dejaré de lado mi juicio inicial para que me expliques mejor de qué va todo esto.

«Oh, bendito sea este chico y su buen carácter».

Durante los diez minutos siguientes, el tío Elliott le explicó con detalle el regalo individualizado que había ideado para cada uno de sus sobrinos, chicos o chicas, y que sin duda le ayudaría a asegurar su futuro. Había pasado la mayor parte del año elaborando y completando aquel plan, con abogados de por medio que le aseguraran que era válido legalmente, además de ético e inviolable, por si acaso surgiera alguna disputa.

—Yo no orquestaré ninguna unión —añadió Elliott—. Solo aprobaré cada decisión para asegurarme de que la persona que han elegido tiene la calidad necesaria para ser un buen cónyuge. Y, una vez contraído el matrimonio, transferiré las propiedades designadas para esa pareja, tal como se indica en mi plan. Por supuesto, como queda estipulado, también se transferirá cada título, con todo lo que conlleva. He financiado todos estos regalos con mis propios recursos.

Lord Elliott no había formado una familia y, por lo tanto, no había tenido mucho más que hacer mientras estuvo en la India que dedicarse a llenar las arcas de la familia y hacer que su patrimonio personal creciera. Había regresado a Inglaterra como un hombre escandalosamente rico, con lo que las propiedades familiares estaban seguras. Y además, las había convertido en rentables. Ahora quería limpiar su nombre y su legado.

Peter se aclaró la garganta.

—Me temo que mis primos y mis hermanos lo manipularán todo, tío. Aunque me gustaría equivocarme, creo que acabarás por sentirte como un tonto.

Promesas y Primujas

—Podría ser, sí —aceptó Elliott—. Sin embargo, tengo la esperanza de que no lo hagan. Como parte de las ofertas que haré a cada uno de ellos, estableceré que tendrán eso y nada más, y ya no vivirán de mi bolsillo. Así, si aceptan, tendrán la oportunidad de cuidar de sí mismos y de asegurarse un futuro sin mi apoyo de siempre. Se lo iré retirando a medida que lo considere apropiado.

Su sobrino levantó las cejas, sorprendido.

—¿Vas a estipular un plazo para que consigan a alguien adecuado?

—O para que cambien su estilo de vida para adaptarse a los ingresos que tengan. He pasado treinta años pensando que mi apoyo financiero serviría para que mis hermanos siguieran un camino respetable y que así sus hijos fueran a mejor, pero ese plan ha fracasado. Por eso he ideado un plan diferente que espero desemboque en el respeto, la realización y el éxito que espero de ellos.

Lo escuchaba atentamente, al tiempo que fruncía el ceño. Había dejado de tamborilear con los dedos, pero seguía muy tenso: tenía el cuerpo fuerte y recio de un hombre que todavía es lo suficientemente joven como para trabajar duro cada día, pero también la madurez para considerarlo una bendición.

—¿Y todos esos «regalos» van a ser económicos?

El hombre consideró cuántos detalles quería revelar a su sobrino y luego optó por dar una respuesta imprecisa.

—Son inversiones con un gran potencial de crecimiento.

Si Peter sentía la mínima curiosidad, desde luego no lo demostró. Lo que hizo, en cambio, fue sonreír amablemente y recostarse en su silla como si hubiera tomado su propia decisión al respecto; ya no parecía a la defensiva ni en tensión,

aunque el tío Elliott sabía que no estaba siendo transparente del todo. Lo más probable era que su sobrino se hubiera dado cuenta de por qué todo aquello le afectaba tanto y, tras tomar la decisión de no dejar que le afectase, podía estar tranquilo. Sí, pero lo cierto era que él le había conducido a esa conclusión a propósito: un hombre de su posición no aprendía lo que él había aprendido, no construía lo que él había construido ni dirigía el número de personas que había dirigido sin aprender un par de cosas sobre cómo tratar a la gente en función de la situación de cada cual. Y emplearía esas habilidades para lograr su propósito. Y en dicho propósito había incluido a su sobrino mayor, Peter, aunque este todavía no estuviera preparado.

Elliott le sostuvo la mirada.

—Todo lo que puedo hacer es confiar en los instintos y convicciones que guiaron mi propio camino. Lo que pase al final vendrá determinado por lo que cada individuo decida. Espero darles más oportunidades que les ayuden a comprender mejor el poder que tienen para forjar su propio futuro.

—Estoy de acuerdo en que cada persona debe decidir su destino, tío, y, sin duda, puedo ver algunos paralelismos con mis perros: algunos están ansiosos por aprender y cumplir mis órdenes, por eso pongo en venta a los más tercos y desobedientes en primer lugar, para que la calidad de mi jauría se mantenga.

El hombre no apreció la analogía del modo en que su sobrino esperaba que lo hiciera, pero sonrió de todos modos.

—Gracias, Peter.

Su tío se levantó del escritorio y se dirigió al aparador situado bajo las ventanas del oeste, que se abrían a la inmensa finca. La había heredado hacía treinta y seis años, cuando su padre

Promesas y Primujas

murió inesperadamente. Sin embargo, no había pasado ni tres años enteros en aquella casa, ni tampoco en aquel país, desde entonces.

Abrió el cajón superior, sacó una carpeta de cuero azul de una pila y volvió al escritorio. Su sobrino lo observaba con cautela. De nuevo sentado, deslizó la carpeta por la superficie lisa. Peter la observó, pero no hizo amago de alcanzarla. Miró expectante a su tío.

—¿Qué es esto?

—Son los detalles de tu regalo de bodas. —dijo, señalando con la cabeza la carpeta—. La he creado especialmente para ti.

Entendiendo lo que aquello implicaba, apretó la mandíbula y, al hablar, las palabras le salieron entrecortadas:

—Me emociona que me hayas incluido, tío, pero no tengo ningún deseo de volver a casarme, lo sabes. Con una hacienda ya a mi cargo y tus posesiones, que algún día pasarán a mí, no necesito la seguridad que has propuesto para los demás ni tampoco motivación alguna para llevar una vida respetable.

—Tienes toda la razón —dijo su interlocutor, asintiendo con vehemencia—. No necesitas motivación ni seguridad financiera, pero, como te he explicado, cada regalo es único. ¿No tienes la más mínima curiosidad por saber qué regalo quiero hacerte para tu futuro?

El sobrino se llevó las manos al regazo.

—No.

Elliott suspiró.

—Todavía eres un hombre joven, Peter. Mereces una compañera que te acompañe durante los años que te quedan de vida, y tus hijas merecen una madre. Creo con todo mi corazón que Sybil habría querido eso para ti.

—Disculpa mi insolencia, tío, pero no la conocías. Esa suposición no tiene base alguna.

Lord Elliott inclinó la cabeza, aceptando la observación que le hacía.

—¿Y qué me dices del hecho de que no tienes un heredero?

Peter se levantó bruscamente. Con sus anchos hombros y su físico atlético, verlo iracundo imponía, como ahora.

Agarró su abrigo.

—El hijo de Timothy será mi heredero, como yo lo fui para ti.

—Timothy no tiene hijos.

—Pero los tendrá. Especialmente ahora, que va a tener más motivos para hacerlo. —La convicción de Peter era admirable—. Así que, acepta mi más sincero agradecimiento —hizo un gesto hacia la carpeta sin tocarla, ocultando a duras penas su amargura—, pero no comparto las circunstancias de mis hermanas o de mis primos. Me casé bien, estoy criando a mis hijas con todos los privilegios que se merecen, y estoy viviendo una vida honrada. No deseo otra cosa. Ahora, si me disculpas...

Su tío se levantó y se apresuró a rodear la mesa para agarrarlo del brazo antes de que pudiera escapar.

—No era mi intención ofenderte, Peter. Lo siento.

Los ojos oscuros de su sobrino relucían fríos como témpanos.

—Disculpa aceptada. La verdad es que debo marcharme, tío.

Lo soltó del brazo y el joven se marchó, cerrando la puerta tras de sí con un portazo.

No era así como había esperado que fuera la primera propuesta de aquella campaña. Se lo había imaginado a la defensiva al principio, por supuesto, pero había esperado que luego,

Promesas y Primujas

al ver cuáles eran los motivos que lo amparaban, hubiera respondido con amabilidad, no sintiéndose ofendido. Después de todo, tal vez no tenía tanta habilidad con las personas como creía.

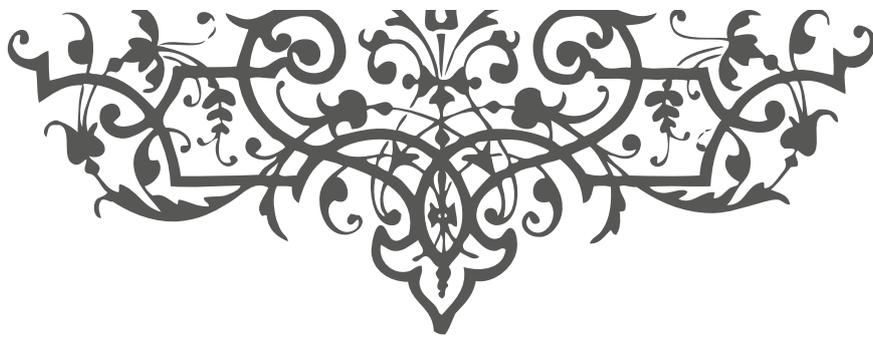
Lord Elliott se acercó a la ventana este de su estudio y se pasó una mano por el rostro. Su sobrino tenía razón, no había conocido a Sybil, pero aun así sabía que ella no habría querido que él y sus hijas estuvieran solos. De hecho, lo que había pretendido con todo aquello era que dejara atrás el luto; ya habían pasado cuatro años.

No obstante, ¿qué podía decir en contra de la decisión de su sobrino de permanecer viudo? Él nunca había amado a nadie como Peter había querido a su esposa. Aunque un día, hacía mucho tiempo, sí que hubo una mujer a la que habría podido amar así...

Amelia Edwards había llenado su vida de luz y un día creyó que se casarían. Pero entonces su padre falleció y todo cambió: asumió su título, sus deudas y el papel de cabeza de familia, y la joven que iba a ser su esposa se convirtió en parte de su pasado, la sacrificó. Pasaron los años y la vida no le trajo un nuevo amor.

Ahora, ambicionaba por encima de todo que sus sobrinos tuvieran seguridad y un apellido respetable, pensando en las futuras generaciones. Si lo lograba, eso compensaría sus ambiciones personales y los sacrificios que había tenido que hacer, o al menos eso esperaba.

Quizá tardara un poco en recuperarse del resultado inesperado de la primera propuesta que había hecho a uno de sus sobrinos. Si prestaba un poco más de atención, y tenía un poco más de tacto, seguro que la siguiente iría mejor.



Capítulo 2

PETER

El viento le rozaba las mejillas, lo que le ayudó a mantener a raya a sus viejos fantasmas mientras se alejaba al galope de Howardhouse. No tenía tiempo para fantasmas; su vida transcurría en el presente y, en aquel momento, necesitaba una institutriz. Ese era su objetivo. Cuanto antes ocupara el puesto, antes podría volver a su rutina cotidiana.

En cuanto al plan de su tío Elliott, lo único que pensó fue que ojalá sirviera para que los demás tuvieran una vida respetable. El hecho de tener una responsabilidad a la altura lo había puesto a él en un camino que requería que diera lo mejor de sí mismo. Ojalá el plan de su tío arrancara la misma motivación de los demás, aunque se temía que no sería así. Desde luego, algunos de sus primos, e incluso su propia hermana, no parecían tener capacidad para hacer nada distinto de lo que habían visto hacer durante toda su vida. Pero él solo podía ocuparse de sí mismo. Y luego estaba lo de la institutriz...

Tras el nacimiento de su primera hija, la prima de Sybil, Lydia McCormick, se había incorporado a la casa como niñera y, tras la muerte de su esposa, cuatro años después, había aceptado quedarse. De no haber sido por su constancia, no sabía cómo se las habría arreglado, por no hablar de sus hijas, que necesitaban una atención que él no sabía darles. Desde la muerte de su esposa, se había centrado en la finca y en el ganado, con los que estaba ganando dinero y creándose una reputación después de haber adquirido experiencia en todo ello.

Pero ahora su cuñada se había ido, pues se había enamorado del vicario de la parroquia, y lo había dejado sin nadie que cuidara de las niñas.

Era difícil alegrarse por Lydia cuando ese cambio le había complicado la vida de una manera drástica. Además, cuando se lo dijo, la mujer le recordó que las chicas la verían en la iglesia. Menuda respuesta. Estuvo tentado de no llevar a las niñas a la iglesia para mostrar su disconformidad, pero después se dio cuenta de que se había pasado de la raya. Casi. En el fondo se alegraba de que su cuñada hubiera encontrado la felicidad con el vicario —tenía casi cuarenta años y hacía mucho tiempo que había descartado que un día se casaría—, pero no podía imaginar su casa sin ella. Esa perspectiva lo agobiaba. Había pospuesto la búsqueda de una sustituta como si eso fuera a cambiar las cosas. Sin embargo, necesitaba una nueva institutriz, para el próximo viernes, el día en que Lydia se convertiría en la señora Oswell y en madrastra de los tres hijos del vicario.

Cuando llegó al pueblo de Norwich, su caballo se mostró agitado por el esfuerzo y él mismo tenía la boca seca. En otro tiempo, se habría detenido en el *pub* del pueblo para tomarse una pinta mientras hablaba con los lugareños

Promesas y Primujas

sin más. Sin embargo, esa ya no era la vida que tenía; debía llegar a casa a tiempo para dar las buenas noches a las chicas y acostarse pronto, ya que mañana le tocaría entrenarse con los perros. Desde la muerte de Sybil, su vida se había reducido y, con ella, su deseo de socializar y de entablar relaciones. La ambición y el compromiso que le quedaban los dedicaba a sus perros y a sus hijas, por supuesto.

Se detuvo frente al establo público y entregó las riendas de su caballo y una moneda al muchacho que había salido corriendo a su encuentro.

—Volveré dentro de una hora —dijo por encima del hombro mientras se dirigía a la oficina de empleo.

Se pasó una mano por el pelo, áspero debido al polvo del camino, y recordó que necesitaba un corte. Por suerte, su criado era hábil con las tijeras, pues los cortes de pelo, la contratación de institutrices y la asistencia a reuniones no eran precisamente sus pasatiempos favoritos y le angustiaba pasar tiempo fuera de casa. Se sacudió los zapatos en el felpudo de la entrada de la oficina de empleo para quitarse, sin éxito, el polvo del viaje, y luego empujó la puerta de madera, haciendo sonar una campana que anunció su presencia. Una vez dentro, trató de quitarse la suciedad del abrigo, esperando no parecer demasiado rudo; en el anuncio decía que el puesto de institutriz era en la casa de un caballero, pero ahora mismo no tenía el aspecto de serlo.

—Ah, señor Mayfield —saludó el hombre rollizo que se encontraba tras el escritorio, poniéndose de pie. No era mucho más alto así que cuando estaba sentado—. He puesto a cada una de las candidatas en una estancia distinta, como solicitó.

Peter sacó su reloj, preocupado porque se le hubiera hecho tarde, pero, de hecho, había llegado casi diez minutos antes.

—¿Ya han llegado todas?

—Sí, señor —dijo el señor Hastings con orgullo—. La puntualidad es una virtud que valoro por encima de todo.

—Yo también —respondió Peter mientras se encogía de hombros para quitarse el abrigo. La oficina olía a salsa, qué cosa más rara.

El señor Hastings señaló el pasillo.

—He puesto a una dama en cada una de las tres habitaciones de la izquierda. La última es un escobero, me temo, pero he despejado la estancia lo suficiente como para que se adecúe a su propósito y pueda mantener en ella una entrevista.

Peter asintió y colgó su abrigo, luego le dio una palmada en la espalda al tiempo que se dirigía al pasillo. Con un poco de suerte, terminaría en menos de una hora.

La señora Grimshaw, la candidata de la primera sala, había dejado recientemente un puesto de profesora en una escuela de niñas. De unos cuarenta años, regordeta y canosa, había enviudado cinco años antes y no tenía hijos. Por su rostro arrugado y sus ojos tristes podía verse que había tenido una vida en la que las cosas no le habían salido como ella había planeado. Le contó que lo que buscaba era empezar de nuevo. Como su hermana vivía en Westfield, le interesaba especialmente conseguir algún puesto en aquella parte del país.

Entendía las dificultades de la mujer, pero le preocupaba que quisiera aquel puesto por necesidad, no porque el trabajo le gustara. Además, no estaba seguro de que pudiera seguirle el ritmo a Leah, ni de tener la paciencia suficiente con Marjorie que, a sus ocho años, lo cuestionaba todo. La señora Grimshaw parecía muy cansada.

Al concluir la entrevista, le dio las gracias y le dijo que dentro de unos días comunicaría su decisión por medio del señor

Promesas y Primujas

Hastings. Luego pasó a la segunda sala. Quizá la señora Grimshaw fuera la mujer adecuada para el trabajo; cuando acabara, estaría más seguro. Lo que estaba claro era que tenía que elegir entre las tres candidatas, pues no tenía tiempo para más entrevistas ni suficiente personal para atender las necesidades de las niñas sin una institutriz.

La señorita Lawrence tenía la firmeza y la energía que le faltaban a la señora Grimshaw. Era una mujer bajita que había sido institutriz de la misma familia durante dieciocho años —tenía casi cincuenta, dijo con orgullo—, y era tan culta como cualquier hombre. Tenía la cara alargada, el pelo castaño liso y un semblante severo. Le preocupó de inmediato que a aquella mujer le faltara la ternura que sí había visto en la señora Grimshaw, aunque tenía unas referencias impecables, y Lydia le había animado a que encontrase a alguien que educara a las niñas y no solo las cuidara, como ella misma había hecho. Dio por concluida la entrevista y repitió que pronto recibiría respuesta por medio del señor Hastings. Después de haber visto a dos candidatas, llegó a la conclusión de que la señorita Lawrence era la mejor. No obstante, le quedaba por ver una tercera candidata.

La puerta de la tercera estancia era más estrecha que las demás, estaba claro que no era más que un escobero. Se detuvo ante la puerta abierta, esperando que la tercera candidata fuera similar a las anteriores. Sin embargo, en este caso se encontró a una mujer joven, sentada en un taburete a pocos metros de él.

La señorita Hollingsworth apenas aparentaba veinte años, aunque en su carta de presentación se leía que tenía veintisiete. Era delgada, tenía el pelo rubio rizado y corto alrededor del rostro, y los ojos de color azul claro. Al verlo se levantó de la silla y sonrió.

«Cielos, es casi tan alta como yo. Y demasiado joven».

Peter sonrió educadamente y entró en la habitación. Había cerrado la puerta para las otras dos entrevistas, pero esta vez la dejó abierta; no hacerlo no sería apropiado. Las dos sillas que albergaba la estancia apenas cabían entre las estanterías de un lado y los cubos y las fregonas que alguien había empujado hacia el otro. Le hizo un gesto para que volviera a su silla y se sentó, rozándole las piernas al hacerlo. Se apartó de inmediato y metió los pies bajo la silla.

—Señorita Hollingsworth —saludó, alargando la mano—. Soy Peter Mayfield. Encantado de conocerla.

Ella le tendió la mano, cálida y suave, y él la estrechó rápidamente antes de apartarla. El hecho de que tuviera unas manos tan suaves podría significar que era perezosa y que no estaba acostumbrada al trabajo duro, si bien era cierto que las tareas que ocupaban a una institutriz no eran del tipo que provoca que te salgan muchos callos, supuso.

—Por favor, hábleme de la familia con la que trabajaba en Londres.

Aquel escobero olía entre lejía, polvo y lirios, lo que le hizo suponer que la joven llevaba algún tipo de fragancia, a diferencia de las otras dos candidatas. El candelabro de la pared y la falta de luz solar creaban una atmósfera casi íntima. Se removió en su silla, incómodo por estar en un espacio tan pequeño. ¿Y si volvía a chocar con ella con las rodillas?

Se aclaró la garganta.

—Trabajé para la familia Cranston en Londres. Tenían tres hijos: dos niños y una niña. Gerald, el más joven, irá a Eton el próximo otoño y pasará los próximos seis meses con sus tíos en Surrey. ¿Pudo leer la carta de recomendación del señor Cranston que envié junto con la solicitud?

Promesas y Primujas

—Sí.

La carta le había impresionado, pero le había hecho suponer de un modo ingenuo que una solterona de veintisiete años no sería una joven de rostro fresco que parecía que nunca hubiera vivido fuera de la casa de sus padres y mucho menos en Londres.

La chica le miró con aquellos ojos azules que tenía y él se sobresaltó, interrumpiéndose al hablar.

—Su padre era criador de perros.

No había pretendido decir aquello de un modo tan cortante, aunque quizá fuera mejor así. Después de todo, ninguna de las candidatas anteriores lo había mirado así, ¿no?

—Sí, springer spaniels.

—¿Y usted los cuidaba?

Desde luego, él jamás dejaría que sus hijas se dedicaran a tal cosa; aquello era el trabajo de un hombre, y desde luego escasamente el de un caballero. Aunque le hubiera intrigado su carta de presentación, en la que mencionaba la experiencia que tenía con los perros, pensó que hubiera sido mejor que sus atributos vinieran acompañados del carácter de la señorita Lawrence. Había dado por sentado que todas las institutrices eran mujeres más bien hogareñas y sencillas. Su cuñada no había sido una mujer de gran belleza, como tampoco lo eran las dos primeras candidatas. Su atractivo era, desde luego, inapropiado para un puesto así.

—Mi padre siempre me dijo que tenía mano con los perros.

La joven se sonrojó, lo que hizo que a él le recorriera el cuerpo como una especie de ola de calor, como si fuera una réplica del rubor que había visto aparecer en las mejillas de la joven. ¿A qué podía deberse aquella reacción? Ella le miraba expectante. ¿Qué era lo que acababa de decir? Ah, sí, que tenía mano con

los perros. Sin embargo, parecía que aquello la avergonzara, y estaba poniendo una cara como de... necesitar que la rescataran. Desde luego, él era un caballero y estaba acostumbrado a ese tipo de situaciones...

«¡Di algo, maldita sea!», se urgió.

—Si algo he descubierto es que tener o no tener mano con ellos es algo innato.

No pretendía que sonara como un cumplido, pero la sonrisa de la señorita Hollingsworth pasó de ser cortés a sincera y, en un instante, Peter se sintió transportado a su juventud, a sus coqueteos, a Sybil. Recordar a su difunta esposa era exactamente lo que necesitaba para superar el resto de la entrevista.

—¿Y cómo se le dan los niños?

—Espero que mejor que los perros, señor. Tengo siete sobrinos.

—¿Siete? —dijo, mirando el papel—. Aquí no dice nada de eso.

El tío Elliott tenía siete sobrinos. Peter recordó la carpeta que había dejado en el despacho de su tío, pero seguía sin sentir curiosidad por lo que contenía. Él no necesitaba regalos: tenía dos hijas sanas, catorce perros de las mejores razas europeas y para el próximo mes llegarían dos camadas nuevas. Tenía además una finca lo suficientemente grande como para estar cómodo, pero también lo suficientemente pequeña como para poder ocuparse personalmente de su administración, además de una herencia que le aseguraba un futuro sin sobresaltos.

La señorita Hollingsworth continuó hablando y lo sacó de su ensimismamiento.

—Mi hermano mayor tiene dos hijos, un niño y una niña, y mi hermana tiene cinco. Recibí educación formal hasta los

Promesas y Primujas

diecisiete años y luego me quedé en la escuela parroquial como maestra auxiliar durante dos años más.

—Muy bien —la felicitó Peter educadamente, buscando con desesperación algún fallo. Estaba más nerviosa que las otras... Era más joven, lo que implicaba que tendría menos experiencia... Aunque le había impresionado su carta de solicitud, al mirarla de un modo más crítico se dio cuenta de que los bucles de su cabello no eran perfectamente simétricos. En conclusión, que no era meticulosa.

No se dio cuenta de que estaban en silencio de nuevo hasta que pasaron unos segundos, así que decidió romper ese silencio. ¿Cuándo había sido la última vez que había estado tan cerca de una mujer atractiva? A ver, no es que se sintiera atraído por ella, no, claro que no; lo que pasaba era que le había sorprendido, pues hacía mucho tiempo que no gozaba de la compañía de una joven así. No es que ella fuera atractiva. Bueno, a ver, sí lo era... Pero no para él, eso era lo que quería decir. Atractiva en general, sí, pero no para él. Ni mucho menos.

—¿Qué le impulsó a solicitar este puesto en particular?

—Su situación.

—¿Mi situación?

—Bueno, la situación de su familia, de usted y sus hijas. La señora Cranston estaba enferma cuando me contrataron y murió un año después. El señor Cranston decía a menudo que yo les había ayudado a pasar lo peor y, cuando se volvió a casar, creo que facilité esa transición también ayudando a las niñas a encontrar consuelo con su nueva madre. Siento mucho su pérdida, señor. Perder a un ser querido es una angustia que no encuentra mucho consuelo.

La miró fijamente. Y ella continuó.

—Mi padre falleció cuando yo era joven y, aunque nada puede reemplazar algo tan importante como un padre, creo que el amor, el apoyo y el ánimo de terceros pueden ayudarnos a seguir adelante.

Ay, Dios. Tenía que cambiar de tema.

—¿Y no echaría de menos Londres? Norfolkshire es un lugar muy diferente.

—No, señor —respondió ella, sin sobresaltarse siquiera ante el cambio de tema—. Estoy deseando volver a vivir en el campo y solo he solicitado puestos que me permitan eso precisamente.

—¿Creció en el campo, entonces?

—En Feltwell —dijo ella—. A unos cuarenta y ocho kilómetros de aquí.

—Mmm —dijo. El silencio se impuso de nuevo. ¿La entrevista habría durado lo suficiente como para que él pudiera ponerle fin sin que ella sintiera que la había cortado? Contó hasta diez antes de ponerse en pie.

—Bueno, gracias por su tiempo, señorita Hollingsworth.

Ella siguió su ejemplo y se puso de pie, recordándole de nuevo lo alta que era, casi tanto como él. Debió de mostrar algún gesto de sorpresa, porque ella sonrió tímidamente.

—Le prometo que mi estatura no afecta a mi trabajo.

Para corresponderla, sonrió automáticamente.

—Por supuesto que no. La mía tampoco.

Permanecieron un momento cara a cara hasta que el hombre volvió en sí e inclinó la cabeza.

—Un placer conocerla, señorita Hollingsworth.

—La familia Cranston me llamaba señorita Julia —ofreció—. Hollingsworth era demasiado largo para los niños.

—Oh, bueno, señorita, eh, Julia, entonces.

Promesas y Primujas

Sonrió, y de nuevo se sintió fuera de lugar. Se dio la vuelta para salir, pero se detuvo en la puerta.

—Dentro de unos días le comunicaré mi decisión por medio del señor Hastings.

Ella asintió con la cabeza y él abandonó la pequeña habitación. Una vez en el pasillo, giró los hombros con la esperanza de aliviar la tensión que se le había instalado en la base del cuello. ¿Había estado allí una hora o quince segundos? Tras tomarse un momento y respirar, el olor a salsa de aquel espacio le ayudó a recomponerse y se dirigió al vestíbulo.

«Qué reunión más incómoda. Ella nunca encajaría en el puesto», pensó.

—Ah, aquí está, señor Mayfield. —El señor Hastings se puso en pie—. Las otras candidatas se han marchado ya. ¿Cuándo puedo esperar su decisión?

—Me he decidido por la señorita Lawrence —afirmó, pasando junto al hombre hasta el perchero donde había colgado el abrigo al llegar. Era un alivio haber terminado con aquel asunto, y tenía más ganas que nunca de volver a casa.

—¿Ah, sí?

—Sí, sí, la señorita Lawrence es exactamente lo que estoy buscando. Perfecta, de hecho.

Metió los brazos por las mangas del abrigo y cuando se daba la vuelta para despedirse se topó con los ojos de color azul claro de la señorita Hollingsworth, que se encontraba de pie en el pasillo detrás del señor Hastings. Los ojos de ambos coincidieron por encima de la cabeza del rechoncho gestor, y aquella mirada de sorpresa lo golpeó como una bofetada. Le sostuvo la mirada durante el segundo más largo de su vida antes de meterse de nuevo en el escobero sin decir palabra. Qué vergüenza. Se sonrojó

No le gustaba nada causarle angustia a nadie, aunque se planteó si valía la pena si quiera arreglar las cosas: aquella mujer no le convenía y acercarse a ella para disculparse no haría más que prolongar el malestar que ya lo tenía del todo desencajado. Tal vez no fuera muy caballeroso, pero pensó que lo mejor sería no hacerle caso.

Se enderezó. No había nada malo en tomar una decisión profesional que creía que era lo mejor para su casa. El hecho de que la joven lo hubiera escuchado no fue más que mala suerte, no había sido intencionado. Ya encontraría otro puesto más adecuado. Además, él se sentiría más cómodo en casa con la señorita Lawrence y su aspecto adusto. Dio las gracias por última vez al señor Hastings antes de salir del despacho sin mirar atrás, hizo caso omiso de la sensación de malestar que se le había formado en el estómago y redirigió sus pensamientos hacia su casa y todo lo que allí le esperaba: rutina, algo que hacer y en lo que centrarse.